

tenía las medias y las faldas chorreando; las lágrimas que se enjugaba con los puños sucios le dejaban tierra hasta en las orejas. Cuando se hubo calmado un poco, dijo la solterona con acento dulzón:

—¿Tu mamá no es mala, verdad? ¿Te quiere mucho, eh?

—Sí, sí — respondió Paulina, con el corazón apenadísimo todavía.

—Y tu papá no es malo tampoco; ¿no te pega? ¿no se pelea con tu mamá?... ¿Qué dicen por las noches, cuando se van a acostar?

—¡Ah! Yo no lo sé; yo estoy muy caliente en mi cama.

—¿Hablan de tu primo Florencio?

—Yo no lo sé.

Mademoiselle Saget aparentó aspecto de severidad, fingiendo que se levantaba y se iba.

—Bueno, no eres más que una embustera... Ya sabes que no se debe mentir... Si mientes, te voy a dejar sola, y bien sabes que vendrá Muche y te pellizcará.

Muche, que andaba dando vueltas por delante del banco, intervino en la conversación, diciendo con su acento decidido de hombrecillo:

—¡Ande usted! Es demasiado pava para saberlo... Yo sé que mi buen amigo Florencio se puso ayer lo mismo que un tomate de colorado, cuando mamá le dijo, riéndose, que podía abrazarla si quería.

Pero Paulina, al oír la amenaza de ser abandonada, se había echado a llorar de nuevo.

—¡Cállate, cállate, mala hierba! — murmuró la vieja, dándole un empujón. — No me voy, no, y te compraré un bollo, ¿eh? ¡un bollo!... ¿De modo que no quieres a tu primo Florencio?

—No; mamá dice que no es honrado.

—¡Ah! Ya ves como tú mamá dice algo.

—Una noche, estando en la cama, tenía yo a Mouton, dormía con Mouton... Y mamá decía a papá: "Tu hermano no ha huído de presidio más que para llevarnos a todos a presidio con él".

Mademoiselle Saget exhaló un leve grito. Se había puesto en pie, temblorosa de pies a cabeza. Un rayo de luz acababa de darle en pleno rostro. Tomó de nuevo la mano de Paulina y la hizo trotar hasta la salchichería sin decir palabra, con los labios fruncidos por una sonrisa interior, con penetrantes miradas de alegría agudísima. En la esquina de la calle de Pirouette, Muche, que las acompañaba dando zancadas y gozando al ver correr a la niña con las medias llenas de barro, desapareció prudentemente. Lisa estaba llena de mortal inquietud. Cuando vio a su hija empapada y hecha un guiñapo, sintió tal estremecimiento, que le dió vueltas por todos lados, sin pensar siquiera en pegarle. La vieja solterona decía con su acento de perversidad:

—Ha sido ese mocoso de Muche... Yo se la traigo a usted... Les he descubierto juntos, debajo de un árbol del jardín... No sé lo qué hacían. Yo de usted vigilaría mucho. Es capaz de todo, el hijo de esa...

Lisa no daba con una sola palabra. No sabía por dónde coger a su hija, de tanto asco como le daban las botitas llenas de barro, las medias manchadas, la falda desgarrada, las manos y la cara ennegrecidas. El terciopelo azul, los aretes, la crucecita desaparecían bajo una capa grasienta. Pero lo que acabó de exasperarla fué el ver los bolsillos del delantal llenos de tierra. Agachóse y los vació, sin respeto al enlosado blanco y rosa de la tienda. Después no pudo pronunciar más que estas paabras, tirando de Paulina:

—Venga usted saco de basura.

Mademoiselle Saget que, desde el fondo de su

negro sombrero, se regocijaba infinito con aquella escena, atravesó rápidamente la calle de Rambuteau. Sus menudos pies no tocaban apenas el empedrado, un goce indecible la impulsaba, como un soplo lleno de acariciadoras cosquillas. ¡Por fin sabía! Después de un año o cerca de él que llevaba ardiendo de curiosidad, he aquí que poseía a Florencio, enterito, y de repente. Era un contento inesperado, que la curaba de una especie de enfermedad, porque bien que comprendía que aquel hombre habría acabado por hacerla morir a fuego lento si hubiera continuado negándose mucho tiempo a los ardores de su curiosidad. Ahora, el barrio entero de los Mercados le pertenecía; no había ya laguna en su cabeza; habría podido contar la vida y milagros de cada calle, tienda por tienda. Y exhalaba débiles suspiros de pasmo al entrar en el pabellón de las frutas.

—¡Eh! ¡Mademoiselle Saget! —gritó la Sarriette desde su puesto. —¿Quiere usted acaso reirse sola?... ¿Le ha tocado a usted el premio gordo de la lotería?

—¡No, no, hija mía!... ¡Ah! Si usted supiera...

La Sarriette estaba adorable en medio de sus frutas, y con su descuido de muchacha guapa. El rizado cabello le caía sobre la frente, formando como pámpanos. Sus brazos desnudos, su desnudo cuello, todo lo que dejaba ver desnudo y de color de rosa, ostentaba una frescura de melocotón y de cereza. Por coquetería infantil se había colocado unas guindas de las orejas, guindas negras que le saltaban sobre las mejillas cuando se inclinaba sonora de carcajadas. Lo que la divertía tanto era que comía grosellas, y las comía manchándose la boca, hasta la nariz y la barbilla; tenía la boca colorada, una boca pinta-

rrajeada, fresca por el jugo de las grosellas, como pintada y perfumada por algún afeite de serrallo. De sus faldas emanaba olor de ciruelas. Su pañoleta mal atada olía a fresas.

Y, en la estrecha tiendecilla, en torno de ella, se amontonaban las frutas. Detrás, a lo largo de los estantes, había hileras de melones, de rugosa corteza. En el escaparate, los frutos delicados, colocados cuidadosamente en cestas planas, tenían redondeces de mejillas que se esconden, rostros de niñas bonitas medio entrevistas tras una cortina de hojas; sobre todo los melocotones, los enrojecidos Montreuil, de piel fina y clara como hijos de Norte, y los melocotones del mediodía, amarillos y quemados, con la tez de las hijas de Provenza. Los albaricoques adquirían sobre el musgo tonos de ámbar, esos colores de puesta de sol que caldean la nuca de las morenas en el sitio en que se rizan los pelillos. Las cerezas, colocadas una por una, parecían labios demasiado estrechos de china que sonreía; las de Montmorency, labios robustos de mujer gruesa; las inglesas, más alargadas y más graves; las guindas, carne común, negra, magullada a besos; las mollares, manchadas de blanco y rosa, de sonrisa a la vez alegre y enojada. Las manzanas, las peras se amontonaban, con regularidades de arquitectura, formando pirámides, mostrando rojeces de pechos nacientes, hombros y caderas dorados, toda una desnudez discreta en medio de hojas de helechos; eran de pieles diferentes, las manzanas rojas, las asperiegas deformadas, las camuesas de blanco traje, las Canadá sanguíneas, las castañeras de color de barro, las reinitas rubias, con motas encarnadas; además, las variedades de peras, las blanquillas, las de Inglaterra, las de agua, las sanjuaneras, las duquesas, grandes, alargadas, con cue-

llos de cisne u hombros apopléticos, con vientres amarillos o verdes con un punto de carmín. A su lado, las transparentes ciruelas mostraban dulzuras cloróticas de virgen; las claudias empalidecidas como una flor de inocencia; las mirabeles se desgranaban como las perlas de oro de un rosario, olvidado en una caja con palitos de vainilla. Y las fresas también, exhalaban un perfume fresco, un perfume de juventud, sobre todos las pequeñas, las que se cogen en el bosque, más aun que las fresas gordas de jardín, que huelen a la insipidez de las regaderas. Las frambuesas añadían cierto aroma a aquel olor puro. Las grosellas, las avellanas se reían con mohines despabilados; en tanto que las cestas de uvas, racimos pesados, cargados de embriaguez, se pasmaban en el borde de la bandeja de mimbre, dejando caer sus granos enrojecidos por las voluptuosidades demasiado cálidas del sol.

La Sarriette vivía allí como en un huerto, con marcos de aromas. Las frutas a bajo precio, las cerezas, las ciruelas, las fresas, amontonadas delante de ella en cestas planas, adornadas con papeles, se magullaban, manchaban el escaparate de un jugo fuerte que humeaba con el calor. En julio, en aquellas ardorosas tardes, cuando los melones la rodeaban de un poderoso vapor de musgo, también la Sarriette sentía que la cabeza se le iba. Entonces, embriagada, exhibiendo más carne bajo la pañoleta, apenas madura y con la frescura de la primavera, causaba tentaciones a la boca, inspiraba deseos de robo. Era ella, eran sus brazos, era su cuello lo que daba a sus frutas aquella vida amorosa, aquella tibieza satinada de mujer. Debajo del puesto de venta, al lado del de la Sarriette, una vieja vendedora, una borracha espantosa, no tenía en el

escaparate más que manzanas arrugadas, peras machuchas colgantes como pechos vacíos, albaricoques cadavéricos, de un infame color amarillo de hechicera. Pero la Sarriette convertía su escaparate en una gran voluptuosidad desnuda. Sus labios habían puesto allí una por una las cerezas, rojos besos; de su corpiño dejaba caer los melocotones sedosos; prestaba a las ciruelas su más delicada piel, la piel de sus sienes, la de su barbilla, la de las comisuras de sus labios; dejaba fluir un poco de su roja sangre en las venas de las grosellas. Sus ardores de hermosa muchacha comunicaban una especie de celo a aquellos frutos de la tierra, a todas aquellas simientes, cuyos amores se terminaban sobre un lecho de hojas, en el fondo de las alcobas adornadas de musgo de las pequeñas cestas. Detrás de su tienda, la calle de las flores tenía un olor soso, comparado con el aroma de vida que se exhalaba de sus empezadas cestas y de sus deshechos vestidos.

Aquel día, la Sarriette, estaba embriagada por entero con la llegada de una gran partida de mirabeles que atestaban el mercado. Bien comprendió que mademoiselle Saget tenía alguna noticia gorda, y quiso hacerle charlar; pero la vieja, dando golpecitos de impaciencia con los pies, le dijo:

—No, no; no tengo miedo... Corro a ver a madame Lecœur... ¡Ah! Sé cosas magníficas... Venga usted, si quiere...

Lo cierto era que no había atravesado el pabellón de las frutas más que para enganchar a la Sarriette. Esta no pudo resistir a la tentación. El señor Julio estaba allí, columpiándose en una silla, afeitado y fresco como un querubín.

—Guárdame un momento la tienda, ¿quieres?... Yo vuelvo en seguidita.

Pero él se levantó y le gritó con voz gruesa, cuando la joven daba la vuelta a la calle:

—¡Ah, no, Lisette! Yo me largo, ¿sabes? No quiero llevarme un plantón de una hora como el otro día... Además, tus ciruelas me dan dolor de cabeza.

Y se marchó tranquilamente. La tienda se quedó sola. Mademoiselle Saget hacía correr a la Sarriette. En el pabellón de la manteca, una vecina les dijo que madame Lecœur estaba en los sótanos. La Sarriette bajó en su busca, en tanto que la solterona se instalaba en medio de los quesos.

Abajo, la cueva es muy sombría; a lo largo de las callejuelas, los depósitos están provistos de una tela metálica de mallas muy finas, por temor a los incendios; los mecheros de gas, muy raros, forman manchas amarillas sin rayos, en la neblina nauseabunda, que se hace más pesada bajo el aplastamiento de la bóveda. Pero madame Lecœur trabajaba la manteca en una de las mesas colocadas a lo largo de la calle Berger. Los tragaluces dejaban caer una luz pálida. Las mesas, continuamente lavadas por el agua corriente de los grifos, tienen blancuras de mesas nuevas. Volviendo la espalda a la bomba del fondo, la vendedora petrificaba "la *maniotte*", en medio de una caja de encina. Tomaba de al lado de ella las diferentes muestras de manteca, las mezclaba, las corregía una por otra, de la misma manera que se emplea para la mezcla de vinos. Doblada en dos, puntiagudos los hombros, delgados y nudosos los brazos, como rodrigones, desnudos hasta los hombros, madame Lecœur hundía furiosamente los puños en aquella pasta grasa que tomaba un aspecto blancuzco y gredoso. Sudaba y exhalaba un suspiro a cada esfuerzo.

—Mademoiselle Saget quería hablar con usted tía—dijo la Sarriette.

Madame Lecœur se detuvo; y se echó la cofia hacia los ojos con los dedos llenos de manteca, y sin parecer cuidarse de las manchas.

—Ya acabo; que espere un instante—respondió.

—Tiene que decirle a usted algo interesantísimo.

—Un minuto tan sólo, hija mía.

Había hundido de nuevo los brazos. La manteca se le subía hasta los codos. Ablandaba previamente con agua tibia, aceitaba su carne de pergamino, haciendo resaltar las gruesas venas violeta que la costuroneaban la piel, parecidas a rosarios de varices reventadas. La Sarriette sentía asco por aquellos feos brazos, encarnizándose en medio de aquella masa que se fundía. Pero recordaba el oficio; en otro tiempo, ella también metía en la manteca sus adorables manos, por espacio de tardes enteras; y aquello mismo era su pasta de almendras, un unguento que le conservaba la piel blanca, las uñas rosas, y cuya blancura parecía haber conservado sus finos dedos. De manera que al cabo de un rato de silencio, repuso:

—Hoy, tía la *maniotte* no será muy famosa... Tiene usted ahí unas mantecas demasiado fuertes.

—Muy bien que lo sé—dijo Madame Lecœur entre dos gemidos.—Pero ¿qué quieres? Todo se ha de hacer pasar... Hay gente que quiere pagar barato, pues se le da cosa barata... ¡Bah! Siempre es demasiado buena para los parroquianos.

Pensaba la Sarriette que no comería por su gusto manteca trabajada por los brazos de su tía. Miró un tarrito lleno de una especie de tintura encarnada.

—El *raucourt* este es demasiado claro—murmuró.

El *raucourt* sirve para dar a la manteca trabajada un hermoso color amarillo. Las vendedoras creen guardar religiosamente el secreto de esa tintura, que proviene sencillamente de la semilla de la bija, árbol de América; es verdad que ellas la fabrican con zanahorias y con flores de caléndulas.

—Bueno, ¿acaba usted de una vez?—dijo la joven, que se impacientaba y que no estaba acostumbrada ya al olor infecto del sótano.—Mademoiselle Saget se habrá largado tal vez... Debe de saber cosas muy graves acerca de mi tío Gvard.

Al oír eso, madame Lecœur dejó de trabajar de golpe. Abandonó la masa y la tintura. Ni siquiera se enjugó los brazos. Con un ligero golpe se arregló de nuevo la cofia, mientras andaba en pos de su sobrina, repitiendo con inquietud al subir la escalera:

—¿Crees que no nos habría esperado?

Pero se tranquilizó en seguida al ver a mademoiselle Saget en medio de los quesos. A la solterona no se la había ocurrido ni por pienso el irse. Las tres mujeres se sentaron en el fondo de la estrecha tienda. Estaban allí unas encima de otras, hablándose con la nariz en el rostro. Mademoiselle Saget guardó silencio por espacio de dos minutos largos; después, cuando vio a las otras dos abrasándose de curiosidad, dijo con voz puntiaguda:

—¿Saben ustedes ese Florencio?... Bueno, pues ahora ya puedo decirles de dónde viene.

Y las dejó un nuevo instante pendientes de sus labios.

—Viene de presidio—dijo por fin, apagando terriblemente la voz.

Alrededor de ellas, los quesos hedían. Sobre los dos estantes de la tienda, en el fondo, se alineaban enormes pellas de manteca; las mantecas de Bretaña, en cestas, se desbordaban; las de Normandía, envueltas en tela, parecían esbozos de vientres, sobre los cuales había echado un escultor mojados paños; otras pellas, empujadas, cortadas por los anchos cuchillos como rocas a pico, llenas de valles y de cortaduras, eran como cúspides desmoronadas, doradas por la palidez de un sol de otoño. Bajo la mesa del mostrador de mármol rojo vetado de gris, las cestas de huevos ponían una blancura de greda; y en cajas, en encellas de paja, los quesos de Bondon puestos unos sobre otros, y los de Gournay colocados planos como medallas, formaban lienzos más sombríos, manchados de tonos verduscos. Pero sobre todo, donde se amontonaban los quesos era sobre la mesa. Allí, al lado de los panes de manteca por libras, en hojas de acelga, se alargaba un cantal gigante, como hendido a hachazos; después venía un chester de color de oro, un gruyera parecido a una rueda caída de algún carro bárbaro; los de Holanda, redondos como cabezas cortadas, embadurnadas de sangre seca, con esa dureza de cráneo vacío que les hace ser llamados cabezas de muerto. Un parmesano, en medio de aquella pesadez de pasta cocida, añadía su punto de olor aromático. Tres brie, sobre planchas redondas, tenían melancolías de lunas extinguidas; dos, muy secos, estaban en la fase plena; el tercero, en el segundo cuarto, fluía, se vaciaba en una crema blanca, extendida como un lago y devastando las delgadas planchitas, con ayuda de las cuales se había intentado en vano contenerle. Los portsalut, parecidos a discos antiguos, mostraban en exergo el nombre impreso de los fabricantes. Un ros

mantour, vestido con su papel de plata, hacia pensar en una barra de turrón, de un queso azucarado, perdido entre aquellas fermentaciones acres. Los roquefort, también, bajo campanas de cristal, adquirirían mohines principescos, rostros jaspeados y grasos, veteados de azul y amarillo, como atacados de una enfermedad vergonzosa de las personas ricas que han comido demasiado trufas; en tanto que, en un plato, a su lado, los quesos de cabra, tan pequeños como el puño de un niño, duros y grisáceos, recordaban los guijarros que los machos cabríos, al conducir su rebaño, hacen rodar en los senderos pedregosos. Entonces comenzaban las hediondes; los mont-d'or, de amarillo claro, exhalando un olor dulzón; los troyes, muy espesos, magullados en los bordes, de aspereza ya más fuerte, añadiendo una fetidez de sótano húmedo; los camembert, los limburgos, los márrolles, los pont-l'èveque, cuadrados, poniendo cada cual su nota aguda y particular en aquella frase ruda hasta la náusea; los livarot, teñidos de rojo, temibles para la garganta como un vapor de azufre; después, finalmente, por encima de todos los otros, los olivet, envueltos en hojas de nogal, como las materias corrompidas que los aldeanos cubren de ramas, en el borde de un campo, humeantes al sol. La cálida tarde había ablandado los quesos; las manchas florecidas de las cortezas se fundían, se barnizaban con ricos tonos de cobre y de cardenillo, parecidas a heridas mal cerradas; bajo las hojas de encina, un soplo levantaba la piel de los olivet, que latía como un pecho, con aliento lento y grueso de hombre dormido; una ola de vida había agujereado un livarot, que por aquel agujero paría un pueblo de gusanos. Y detrás de las balanzas, en su delgada caja, un Gerardmer anisado exhalaba tal infección,

que habían caído moscas en torno de la caja, sobre el rojo mármol veteado de gris. Mademoiselle Saget tenía este último queso casi debajo de la nariz. Retrocedió, apoyó la cabeza en las grandes hojas de papel, amarillas y blancas, colgadas por una esquina en el fondo de la tienda.

—Sí—repitió haciendo una mueca de disgusto.—Viene de presidio... ¿Eh? ¿qué tal? ¿Les parece a ustedes que los Quénu-Gradelle pueden echar roncas?

Pero madame Lecœur y la Sarriette lanzaban exclamaciones de asombro. No era posible. ¿Qué había hecho para ir a presidio? ¿Quién hubiera sospechado nunca que aquella madame Quénu, aquella virtud que era la gloria del barrio, fuese a escoger un amante de presidio?

—No, no, no están ustedes en lo cierto—exclamó la vieja impacientada.—Escúchenme... Bien sabía yo que había visto en alguna parte a ese gran petardista...

Les refirió entonces la historia de Florencio. Ahora recordaba un vago rumor que había corrido hacía tiempo, acerca de un sobrino del viejo Gradelle que había sido enviado a Cayena por haber matado a seis gendarmes en una barricada; la vieja había llegado a verle una vez, en la calle Pirouette. Era el mismo, era el falso primo. Y la solterona se lamentaba, añadiendo que perdía la memoria, que estaba ya acabada, que pronto no sabría nada ya. Y lloraba esta muerte de su memoria, como un erudito que viera arrebatadas por el viento las notas reunidas con el trabajo de una existencia entera.

—¡Seis gendarmes!—murmuró la Sarriette con admiración.—¡Buenos puños debe de tener ese hombre!

—Y ha hecho otras muchas cosas—añadió

mademoiselle Saget.—No les deseo a ustedes que se topen con él a media noche.

—¡Qué bandido!—balbuceó madame Lecœur, por completo asustada.

El sol oblicuo penetraba en el pabellón, y los quesos hedían con más fuerza. En aquel momento, el que dominaba sobre todo era el marolles; lanzaba poderosas emanaciones, un olor de literatura vieja en la insipidez de las pellas de manteca. Después el viento pareció girar; bruscamente llegaron a las tres mujeres olores de limburgo, agrios y amargos, como estertores de gargantas de moribundos.

—Pero—repuso madame Lecœur,—entonces es el cuñado de la gorda Lisa... No ha dormido con ella...

Se miraron las tres, sorprendidas por aquel aspecto del nuevo caso de Florencio. Les molestaba el tener que abandonar su primera versión. La vieja señorita se arriesgó a decir, encogiéndose de hombros:

—No impediría lo uno a lo otro... Aunque, a decir la verdad, me parecería una cosa muy... En fin, yo no pondría las manos en el fuego.

—Además—hizo observar la Sarriette,—tendría que ser cosa pesada; y ahora no dormiría ya con Lisa, puesto que le ha visto usted con las dos Méhudin.

—Sí, señor, sí, como la veo a usted, hermosa mía—exclamó mademoiselle Saget, picada y creyendo que se dudaba de su veracidad.—Todas las noches está entre las faldas de las Méhudin... Por otra parte, a nosotras nos es igual. Que se haya acostado con quien haya querido, ¿no? Nosotras somos mujeres honradas... ¡Valiente pillo!

—Oh, eso sí!—concluyeron las otras dos.—Es un bandido completo.

Finalmente, la historia iba a parar a lo trágico. Las tres se consolaban del dolor de perdonar a la bella Lisa, contando con que Florencio ocasionaría alguna espantosa catástrofe. Evidentemente, éste tenía malos intentos; esas gentes no se escapan más que para trastornarlo todo; además un hombre semejante no podía haber entrado en los Mercados sin “urdir alguna trama”. Entonces hicieron suposiciones prodigiosas. Las dos vendedoras declararon que iban a añadir una cadena a sus depósitos; la Sarriette llegó hasta recordar que la semana anterior le habían robado un cesto de melocotones. Pero mademoiselle Saget las aterrorizó al decirles que los “rojos no procedían de aquel modo”. ¡Valiente cosa les importaba un cesto de melocotones! Se reunían doscientos o trescientos para matar a todo el mundo, para saquear a sus anchas. Esto era política, decía con la superioridad de una persona instruida. Madame Lecœur se puso mala; veía los Mercados lanzando llamas una noche en que Florencio y sus cómplices se ocultaran en el fondo de los sótanos para lanzarse desde allí sobre París.

—¡Oh, y ahora que caigo en ello! Está también la herencia del tío Gradelle... ¡Anda, anda! ¡Los Quénu no se reirán, no!

Estaba llena de regocijo. Los comadrazgos cambiaron de bisiesto. Las tres cayeron sobre los Quénu, en cuanto la solterona hubo contado la historia del tesoro, que sabía con pelos y señales. Hasta citaba la cifra de ochenta y cinco mil francos, sin que Lisa ni su marido recordaran haberla confiado a nadie absolutamente. No importaba; los Quénu no habían entregado su parte al “larguirucho”. Iba éste demasiado mal vestido. Quizá no sabía siquiera la historia del tesoro. Todos eran ladrones, aquellos individuos.

Después, acercaron más las cabezas, bajando la voz, y diciendo que sería quizá peligroso tomarla con la bella Lisa, pero que era menester "dar su merecido al rojo", para que no siguiera comiéndose el dinero de aquel pobre señor Gavard.

Al pronunciarse el nombre de Gavard, hubo un instante de silencio. Las tres se miraron, con aire de prudencia. Y al resollar un poco, lo que sobre todo olieron fué el camembert. El camembert, con su tufillo de carne de venado, había vencido a los olores menos penetrantes del marrolles y del limburgo; ensanchaba sus exhalaciones, ahogaba los otros olores bajo una abundancia sorprendente de alientos infectos. Entre tanto, en medio de aquella frase vigorosa, el parmesano lanzaba a intervalos un son débil de flauta campestre; en tanto que los brie ponían sosas dulzuras de tamboriles húmedos. Hubo una *reprise* sofocante del livarot. Y esta sinfonía se mantuvo un momento en una nota aguda del Gerardmer anisado, prolongada en calderón de órgano.

—He visto a madame Léonce—añadió mademoiselle Saget, con un guiño de ojos significativo.

Entonces las otras dos prestaron gran atención. Madame Léonce era la portera de Gavard, en la calle de la Cossonnerie. Allí habitaba una casa vieja, cuyos bajos estaban ocupados por un almacénista de limones y naranjas, que había hecho pintar la fachada de azul hasta el segundo piso. Madame Léonce le cuidaba la casa, guardaba las llaves de los armarios, le subía la tisana cuando estaba resfriado. Era una mujer severa, de cincuenta y tantos años, que hablaba lentamente, de un modo interminable; un día se había incomodado, porque Gavard le había

pellizcado el talle; lo cual no le impidió ponerle sanguijuelas, en un sitio delicado a consecuencia de una caída que se había dado. Mademoiselle Saget, que todos los miércoles por la noche, iba a tomar café a su quiosco, trabó con ella una amistad más estrecha aun cuando el comerciante de aves fué a vivir a la casa. Hablaban las dos del digno sujeto, por espacio de horas enteras; le querían mucho; deseaban su felicidad.

—Sí; he visto a madame Léonce—repitió la vieja.—Anoche tomamos café juntas... Le encontré muy apenada. Parece ser que el señor Gavard no vuelve nunca antes de la una de la noche. El domingo, la portera le subió caldo, porque le había visto el rostro en extremo desencajado.

—¡Oh! Bien sabe lo que hace, bien...—dijo madame Lacœur, a quien inquietaban los cuidados de la portera.

Mademoiselle Saget creyó que debía defender a su amiga.

—De ningún modo, se equivoca usted... Madame Léonce está muy por cima de su posición... Es una mujer muy como se debe... ¡Oh, bien! Si quisiera untarse las manos, en casa del señor Gavard, hace mucho tiempo que no habría tenido más que bajarse... Parece que Gavard lo deja todo por medio.... Precisamente de esto es de lo que quiero hablar a ustedes. Pero silencio, ¿eh? Se lo digo en secreto, secreto inviolable.

Las dos juraron por lo más sagrado, que serían mudas. Echaron la cabeza hacia adelante. Entonces la otra dijo solemnemente:

—Sepan ustedes, pues, que el señor Gavard parece otro desde hace algún tiempo... Ha comprado armas, una gran pistola que da vueltas, ¿saben ustedes? Madame Léonce dice que es un

horror, que esa pistola está siempre sobre la chimenea o sobre la mesa, y que ya no se atreve a limpiar el polvo... Y esto no es nada. Su dinero...

—Su dinero...—repitió madame Lecœur, cuyas mejillas echaban llamas.

—Pues no tiene ya acciones; las ha vendido todas, y ahora tiene en un armario un montón de oro...

—¡Un montón de oro!—dijo entusiasmada la Sarriette.

—Sí, un gran montón de oro. Está colocado sobre una tabla. Aquello deslumbra. Madame Léonce me ha contado que una mañana el señor Gavard abrió el armario delante de ella, y que le hizo daño en los ojos de lo que brillaba.

Hubo un nuevo silencio. Los párpados de las tres mujeres latían, como si hubiesen visto el montón de oro. La Sarriette fué la primera en echarse a reír, murmurando:

—¡Yo, si mi tío me diera todo eso, poco que me divertiría con Julio... No nos levantaríamos nunca, y haríamos que nos subieran cosas buenas de la fonda.

Madame Lecœur estaba como anonadada bajo el peso de aquella revelación, bajo aquel oro que ya no podía apartar de sus ojos. La envidia le oprimía los costados. Finalmente levantó los delgados brazos, las secas manos, cuyas uñas estaban cubiertas de manteca solidificada, y no pudo hacer más que balbucear, con acento lleno de angustia:

—No hay que pensar en ello; me hace demasiado daño.

—¡Oh! Eso sería la fortuna de usted, si ocurriera algún accidente—dijo mademoiselle Sagnet.—Yo en su lugar—añadió,—velaría por mis intereses... Comprenda usted que esa pistola no

indica nada bueno. El señor Gavard está muy mal aconsejado. Todo esto acabará muy mal.

Volvieron a hablar de Florencio, a quien descuartizaron con más furor todavía que antes. Luego, reposadamente, calcularon a dónde podían llevar todas aquellas historias a Florencio y a Gavard. Muy lejos, con toda seguridad, si tenían la lengua demasiado larga. Entonces, juraron las tres, por lo que las concernía, que no habían de abrir la boca; no porque aquel canalla de Florencio mereciese la menos consideración, sino porque a toda costa era preciso evitar que el digno señor Gavard se viera comprometido. Habíanse levantado; y cuando se iba mademoiselle Sagnet:

—Bueno, pero en caso de accidente—preguntó la vendedora de manteca,—¿cree usted que podría una fiarse de madame Léonce?... ¿Será ella, tal vez, la que tenga la llave del armario?

—Ya me pide usted demasiado—respondió la solterona.—Yo la creo una mujer honradísima; pero, al fin y a la postre, no sé... Hay circunstancias... En fin, yo las he prevenido a ustedes dos; esto es asunto de ustedes.

Estaban las tres en pie, saludándose, entre el olor final de los quesos. En aquel momento, todos lo exhalaban a la vez. Era una cacofonía de soplos infectos, desde las blanduchas pesadeces del gruyera y del holandá, hasta los puntos alcalinos del olivet. Había los ronquidos apagados del cantal, del chester, de los quesos de cabra, parecidos a un amplio canto de bajo, sobre los cuales se destacaban, en notas picadas, las pequeñas humaredas brucas de los neufchatel, de los troyes y de los mont-d'or. Después los olores se despavorían, rodaban unos sobre otros, se espesaban con los vahos del port-salut, del limburgo, del Gerardmer, del marolles, del livarot,